

El collar perdido

Versión de Eesha Sardesai

Hace muchos siglos, en la India vivía una mujer de una considerable riqueza. Tenía una casa de dos pisos que daba hacia la plaza del pueblo, y cuando el clima era bueno, como era el caso a menudo, le gustaba abrir de par en par las puertas de su balcón. De esa forma, ella podía escuchar fácilmente si algo emocionante ocurría en el pueblo.

Un día, la mujer estaba tomando su baño — disfrutando tranquilamente el aroma del aceite de jazmín que se mezclaba con el vapor caliente —, cuando algunos sonidos emergieron desde afuera. Primero llegó el alegre ritmo de un tambor, seguido del trino agudo de una flauta, y luego la feliz cacofonía de lo que debían ser varios cornos tocando al mismo tiempo. Era música de lo más alegre, y la mujer fue invadida por el deseo de escuchar más, de ir a ver qué ocurría.

Salió de la bañera sin prestar atención al agua que salpicaba todo mientras tomaba una toalla y corría a vestirse. La música era cada vez más fuerte; sonaba como si estuviera pasando alguna especie de procesión, y esperaba no perdérsela. Abrió con fuerza las elegantes puertas de madera de su armario, tomó el primer sari que vio y rápidamente se envolvió en la seda. Una vez que el último pliegue quedó en su lugar, se miró en el espejo. Su cabello todavía estaba húmedo, las puntas rizadas en mechones desordenados, pero eso tendría que *ser suficiente*— y luego partió.

Al salir de su casa, se sintió aliviada al descubrir que la procesión estaba a solo unos pasos más adelante. Rápidamente se unió a la multitud y durante la siguiente hora, cantó y bailó por las calles, regocijándose en la fanfarria y la heráldica. Finalmente regresó a casa con algunas de sus amigas, y riendo y sin aliento, todas se dejaron caer en su diván. Luego de algunos momentos de lánguido silencio, la mujer se incorporó. Empezó a darse palmaditas en el cuello

y en el pecho, al principio lentamente y luego con desesperación. Sus ojos muy abiertos.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupada una de sus amigas. —¿Buscas algo?

—¡Mi collar! —dijo, con un tono de pánico en su voz. —Mi collar de diamantes. Lo llevaba antes de ir a la procesión y, y ahora, ¡ha desaparecido!

—No te preocupes —dijo la amiga tranquilizándola. —Te ayudaremos a buscarlo. ¿Quizá esté en algún lugar de la casa?

—¡No, no, estoy segura que lo traía puesto antes de salir! —gritó la mujer. De todos modos, empezó a buscar detrás de los muebles, levantando cojines y cosas por aquí y por allá. Sus amigas se unieron a la búsqueda.

No obstante, sus esfuerzos no rindieron frutos. La mujer miró a sus amigas con una expresión temerosa. —¿Qué tal que alguien *robó* el collar?

—Quieres decir, ¿en la procesión?

—¡Sí! —dijo la mujer. —Era un collar muy valioso y habrían tenido mucha oportunidad de tomarlo. Ay, ¡yo solo sé que algún ladrón anda por ahí con mi collar!

La mujer se tiró nuevamente en el diván, aparentemente abrumada por esta nueva posibilidad. Empezó a sollozar.

—Era tan bello —dijo con parsimonia. —Una reliquia familiar. ¿Y si mi familia me pregunta por él? No sabré *qué* decirles. Ah, ¡cómo me encantaba ese collar! Lo usaba todos los días. Y ahora alguien se lo ha llevado; qué atrevimiento, ¿pueden creerlo? O... o... o tal vez ¡el collar fue *pisoteado*! Sí, ahora que lo pienso, eso debe haber pasado. ¿Saben? Todo el tiempo me estuve diciendo que la procesión era demasiado caótica, que había demasiada gente.

—¿Qué es eso? —dijo de repente su amiga, interrumpiendo su monólogo.

La mujer sollozó. —¿Qué es qué?

—Eso —dijo la amiga, señalando a la mujer.

—Qué estás... —empezó a decir la mujer, mirando desconcertada mientras su amiga avanzaba hacia ella. —Ya verifiqué. *Oh.*

Había un destello de algo dorado y brillante asomándose bajo los dobleces de su sari, cerca de la garganta de la mujer. La amiga tiró suavemente y sacó el collar: una delicada cadena que unía varios diamantes circulares y blancos.

—Mi collar —la mujer respiró. —¡Mi collar! —repitió, su voz alta y más emocionada a medida que se daba cuenta de lo que había sucedido. Las lágrimas empezaron a correr nuevamente por su rostro, aunque esta vez sonreía.

—Así que, después de todo, ¿el collar nunca se perdió? —dijo en broma la amiga luego de que la mujer se hubo calmado.

La expresión de la mujer era suave mientras respondía.

—No —dijo. —Supongo que no. Lo tuve conmigo todo el tiempo.

Esta historia está inspirada en un cuento clásico narrado en los textos de la filosofía india del Vedanta.

